
**CUATRO ESTAMPAS EN EL TIEMPO,
DE LAURO OLMO***

Eduardo GALÁN FONT

Cuatro estampas en el tiempo reúne cuatro piezas breves de estética distinta en torno a los diferentes papeles de la mujer española. Las cuatro piezas coinciden, además, en la visión distorsionada y exagerada de la mujer. Fueron escritas en momentos muy distanciados las unas de las otras (en 1963 la primera y en 1989 la última), de manera que responden a muy diferentes impulsos creativos de su autor. Aunque forman parte de un mismo espectáculo, no fueron creadas de forma unitaria ni nacieron como proyecto de unidad. De ahí la variedad formal en el tono y en la estructura de las piezas: a) *La señorita Elvira* desarrolla una historia intimista y poética, próxima al drama psicológico; b) *José García* se aleja del realismo social para ofrecernos una escena de aproximación al absurdo a partir de una graciosa anécdota que evidencia el sometimiento del hombre a la mujer; c) *La Benita* nos presenta a una mujer madurita, popular, divertida, original y provocativa, en la línea del sainete clásico; y d) *El orinal de oro* es una farsa grotesca y esperpéntica en la que el autor se burla de la moral tradicional y al mismo tiempo disecciona con su habitual ironía la moral dominante en nuestros tiempos a partir del encuentro de unas prostitutas y una señora decente.

La señorita Elvira

Escrita en 1963 como guión dramático de televisión, fue emitida por TVE en ese año y, posteriormente, en 1981. Su aparición en un escenario se retrasó hasta 1991,

* Estas páginas proceden de Eduardo Galán, "*Cuatro estampas en el tiempo*, de Lauro Olmo", *Teatro realista de hoy*, Clásicos Edelvives, Zaragoza, 1993, pp.23-28.

presentada como parte de *Instantáneas de fotomatón*, espectáculo de obras breves de Olmo que se estrenó en el Centro Cultural de las Rozas (Madrid), con dirección de Pérez de la Fuente. Se publicó por primera vez en 1969 en el diario *Informaciones*.

La señorita Elvira supone un análisis introspectivo de la personalidad humana mediante una estructura dramática elemental: un funcionario sin rostro requiere de la protagonista («una viejecita, muy arreglada, excesivamente pintada») su nombre completo. La señorita Elvira retrasa conscientemente la respuesta: se niega a ser un nombre sin sustancia, un nombre sin vida ni historia. Es terrible que las más de las veces seamos un nombre, un número, un signo carente de significado, de vida propia, de personalidad... Por ello, la señorita Elvira quiere reconstruir su pasado, llenar de carne y de historia propia ese nombre que para el funcionario no es más que la sucesión de unos sonidos, de unas letras que ha de escribir en un libro. Sólo cuando la paciencia del funcionario le permite recordar aspectos de su vida, contar la historia de sus padres, la señorita Elvira accede a responder: "Es mi primer apellido: Sánchez". Cuando ha conseguido, finalmente, contar su vida, repasar su historia, concluye la pieza... tras una frase muy significativa de este funcionario: «Señorita Elvira: anduvo por aquí, escuchó tres palabras importantes, y se fue. Requiescat in pace». Y no decimos más para no desvelar al lector el sorprendente desenlace.

La historia que cuenta la señorita Elvira es la historia de una soledad, la terrible pero real soledad del ser humano en nuestro tiempo. La señorita Elvira encarna el abandono, el olvido y la incomunicación. La pieza incorpora dos escenas del pasado que rememoran sus relaciones con dos hombres: la primera pertenece a su juventud y la segunda hace referencia a una madurez llena de vitalidad. En ambos casos vemos su fracaso en el amor, el egoísmo de los hombres en sus relaciones con nuestra protagonista. De ahí que sus últimas palabras, al cruzar un perro por delante de ella, sean tan tristes y significativas: «Ven, ven, aquí. Acércate. ¿Estás solito tú también?».

Sorprende en esta pieza el patetismo inicial al presentarse una mujer mayor, vestida ridículamente, sola en el escenario frente a una voz en off que le pregunta por su nombre. Acierto, sin duda, el de Olmo al desarrollar un ritmo lento que permite la reflexión.

En cuanto al lenguaje, es una de las pocas obras de Lauro Olmo en que nos muestra el habla «neutra» de un personaje de ámbito culto, pues este autor gusta de los coloquialismos y popularismos.

José García

Escrita en 1973, se estrenó el 10 de febrero de 1975 en la Facultad de Filosofía y Letras de Murcia por el Teatro Universitario de Murcia, con la dirección de César Oliva. Se publicó por primera vez en 1973 en la revista *Cuadernos para el diálogo*.

La falta de lógica en la situación de partida y el absurdo en los diálogos constituyen dos notas esenciales de *José García*. En este sentido podemos relacionar la pieza con el teatro del absurdo, corriente dramática que se desarrolló durante los años cincuenta y que

tuvo como principales exponentes a Becket, Ionesco, Pinter y Arrabal. La pieza de Olmo coincide con las obras maestras del absurdo en los aspectos antes señalados, pero carece de la intención dominante en aquellas obras: demostrar el sinsentido de la existencia. Por otra parte, el teatro del absurdo rompe con la realidad próxima y recrea una realidad interior alejada de la sociedad concreta y tangible. En *José García* nos hallamos en un café concreto y reconocible de nuestro entorno; además, el comportamiento de los personajes resulta verosímil y lógico, pues no hacen más que rebelarse contra la imposición de decisiones a que les someten sus respectivas esposas.

Lo absurdo comienza con una llamada telefónica: el camarero pregunta por José García, pues le llaman por teléfono. Resulta que los cinco parroquianos que intervienen y el propio camarero se llaman José García. Lo inhabitual de esta situación hace que los personajes se turben, se incomoden y reaccionen de forma extraña, ilógica en algún momento, como cuando todos se van alternando al teléfono para hablar con Lola, la mujer del personaje que se da a conocer en primer lugar como José García. Pero el resto de la acción dramática, el conflicto, el espacio escénico y la caracterización de los personajes proceden, sin duda, de la estética realista. Al fin y al cabo, lo que sucede es que José García (el primero) y los demás parroquianos así llamados se ven sometidos al imperio de sus mujeres: José García protesta y se queja de que los calzoncillos que lleva puestos le están estrechos, pero su mujer se ha empeñado en que se los ponga porque una vez usados no pueden devolverse. Y, efectivamente, se los ha puesto. Realismo puro y realismo grotesco, característico de Lauro Olmo. Y desenlace realista: cuando Lola aparece en el café a recoger a su marido, éste se va con ella sin protestar ni quejarse de nada, sometiéndose sin duda una vez más a la autoridad de su mujer, como los demás se someteran a la autoridad de sus respectivas esposas. No obstante, Lauro Olmo juega con el absurdo y deja sin desvelar, como guiño de ojo al espectador, el sentido oculto de la presencia del parroquiano X, que no habla hasta el final y sólo para pedir una aspirina. ¿Qué quiso decir Olmo con este personaje? Tal vez, su intención era dejar libre la imaginación del espectador... Que cada lector decida libremente.

La Benita

Escrita en 1980, formó parte en 1986 del espectáculo que se estrenó en Madrid, en el Centro Cultural de la Villa, con dirección de Alberto González Vergel, bajo el título de *La jerga nacional*. Igual que *La señorita Elvira*, también formó parte en 1991 de *Instantáneas de fotomatón*. De las cuatro obras breves de Olmo que presentamos, *La Benita* es la que mantiene mayor relación con el teatro popular español: personajes castizos, tipos tradicionales del teatro, comicidad, descaro y lenguaje coloquial. Nos hallamos ante un ejemplo claro de sainete de nuestros días: Benita es una mujer divertida, audaz, lenguaraz y provocativa, capaz de sacar los colores a su hermana y de burlarse de un viandante madrileño.

En *La Benita* se nos muestra la oposición radical entre dos situaciones de tono

festivo-amoroso: la que mantienen, durante casi toda la pieza, los personajes adultos populares y castizos del Madrid de siempre y la que concluyen al final dos jóvenes desideologizados que se mueven entre el mundo de las motos, el sexo y la droga blanda, dos jóvenes que podríamos clasificar –en su lenguaje– de «colgaos». El contraste es eficaz y contundente: la espontaneidad y la frescura de Benita contrasta con la simpleza y la pobreza léxica de Ella y El, personajes tan sin sustancia que aparecen innominados bajo esa denominación de los pronombres personales. Benita simboliza la alegría, la vitalidad, el descaro y la pasión sincera de la mujer española. Los jóvenes representan el vacío y el hastio de un sector de la juventud española actual.

El orinal de oro

Esta pieza es la última de las cuatro breves de Lauro Olmo y, probablemente, la más audaz, la más atrevida y sugerente. Unas prostitutas, guiadas por su chulo, deliberan con pesimismo sobre el negro futuro que les espera debido a la creciente liberalidad de las mujeres en sus relaciones sexuales con los hombres. Esta relajación de la moral ha influido negativamente en el negocio de la prostitución. La acción deriva por otros derroteros al encontrarse con una señora decente que se presta a ayudarlas. A partir de este instante aparece en escena el orinal de oro en el que la señora decente orinará... El final irreverente y provocativo admite varias interpretaciones abiertas a la imaginación del lector.

Obra, en fin, de estética farsesca, esperpéntica, goliárdica, que se escribió en 1988 y se estrenó en 1991 como parte de la ya mencionada *Instantáneas de fotomatón*.